

## Introducción: en torno a la literatura filipina

---

ANDREA GALLO

LICEO “G. CARDUCCI” BOLZANO - BOZEN

No es la primera ocasión en que *Transmodernity* publica estudios relacionados a la compleja y desconocida realidad filipina. Sin embargo, es la primera vez que se dedica un número monográfico exclusivamente a la literatura filipina (en su acepción global, sin límite de idioma) y es excepcional hacerlo totalmente en lengua española. Filipinas es histórica y culturalmente un país hispánico, pero es al mismo tiempo una nación plurilingüe en donde el español, como lengua histórica nacional, está en peligro de extinción. En consecuencia, los estudios filipinos son, como la propia Filipinas, una realidad que ha quedado al margen de la investigación en lengua castellana, estudiándose principalmente desde el punto de vista histórico con referencia a la época colonial española. Sin embargo, Filipinas es una región culturalmente rica, abundante en arte y literatura, y en todas sus manifestaciones culturales emerge una raíz común a otras latitudes que no son simplemente las del este de Asia.

Por ello, en el contexto de un constante diálogo y de un intercambio eficaz y provechoso entre culturas, tema siempre urgente en nuestra contemporaneidad, hemos intentado, con este número especial, tender un puente entre dos mundos indudablemente complementarios pero que a la vez se ignoran, y, al mismo tiempo, favorecer un interés, una curiosidad, una colaboración entre distintas realidades académicas y artísticas. La intención que ha animado la presente publicación ha sido la de dirigirse, voluntariamente en lengua española, tanto al lector “profano” y curioso, pero ayuno de lo filipino, como al especialista filipinista, proponiendo una atractiva lectura divulgativa e introductoria, pero sin renunciar al espesor y rigor de la investigación científica. Por lo tanto, sin pretensión de producir una obra exhaustiva, y menos aún definitiva, se ha intentado dar inicio a un debate sobre la literatura filipina imaginada como un organismo complejo y plural y no encerrada en recintos de lengua percibidos como separaciones insuperables e incomunicadas entre sí.

Presentamos, entonces, una recopilación de ensayos al servicio de los hispanistas e hispanoamericanistas con el fin de invitarles a considerar, comparativamente, también el fenómeno literario y cultural filipino, *in primis* el de la literatura hispanofilipina, por el

evidente legado de la lengua común, pero siempre en relación dialéctica con todo lo que es la producción literaria y cultural políglota del país. Igualmente, ofrecemos una herramienta para el filipinista, porque si tagalo, filipino e inglés son claves esenciales para entender actualmente la cultura filipina y sus letras, imprescindible es también la lengua española, aclimatada en el archipiélago con sus modelos mentales y culturales, su interpretación del mundo, y su abundante y desconocido corpus literario

Por lo tanto, aquí, el lector y el estudioso no encontrarán una obra orgánica de interpretación unívoca del fenómeno literario filipino, sino más bien una serie de pistas de lectura, de sugerencias, un espacio de debate donde opiniones distintas y a veces opuestas, en abierta contradicción, se entrelazan y dialogan en busca de una nueva y más amplia definición de lo que son las letras filipinas, de lo que expresan y significan, y de si este amplio y plurilingüe patrimonio, con su moderna y copiosa producción, debe considerarse sólo como la yuxtaposición de literaturas separadas o si, en cambio, cierto espíritu común permite etiquetarlas como la “Literatura filipina” *tout court*.

En este extenso y común esfuerzo participan voces autorizadas de la intelectualidad filipina: el antropólogo Fernando N. Zialcita, el crítico y escritor Gémino Abad, el profesor y poeta Francis Macansantos, el historiador dominico Fr. Fidel Villaroel O.P., al lado de prestigiosos filipinistas e hispanistas y de jóvenes investigadores. Se intenta ofrecer un recorrido por etapas tanto cronológicas como temáticas: abre el volumen el ensayo histórico-bibliográfico de Donoso Jiménez, que introduce al lector a la compleja realidad literaria y cultural filipina, dando alguna referencia esencial para orientarse dentro del complicado archipiélago lingüístico y literario filipino. Donoso propone un breve resumen de la literatura hispanofilipina (con la colonia, en el siglo XVI, surgen las letras en español); traza después las líneas esenciales de la producción en inglés (nacida a inicios del siglo XX), en filipino (el idioma nacional), finalmente menciona literaturas en otras lenguas y complementa todo con útiles indicaciones bibliográficas.

Sigue una serie de artículos sobre esta producción literaria en español: un informe de Villaroel acerca del estado de la lengua española en Filipinas; dos ensayos de distinto enfoque sobre la literatura hispanofilipina, firmados por Beatriz Álvarez Tardío y Macario Ofilada Mina. Álvarez aporta argumentos capaces de explicar las razones por las que es importante estudiar y conservar esta literatura; Ofilada, en cambio, como paso hacia la conservación de este patrimonio constituido por la literatura *filhispana* (él prefiere esta

etiqueta), trata de elaborar un modelo de comprensión desde las coordinadas heurísticas de la epistemología y la estética.

Siete contribuciones tratan de aspectos específicos de la producción en español: el P. Sánchez deleita nuestra lectura con una joya de bibliófilo: textos inéditos de los siglos XVII-XX, de poetas franciscanos de origen español pero asentados en Filipinas; Mojarro Romero se enfrenta con la desconocida literatura filipina barroca reflexionando sobre el género literario representado por las crónicas eclesiásticas. Dos ensayos están dedicados a la imprescindible figura del polígrafo Rizal: el de Cadwallader analiza las influencias de poetas de lengua española en la poesía del padre de las letras filipinas, Donoso, en cambio, dedica su contribución a la historia textual de *Makamisa*, tercera novela de Rizal. Los tres brindan propuestas de lectura de aspectos aparentemente secundarios que, en realidad, bien ayudan a colocar al autor dentro de su contexto histórico. Terminan la sección dos artículos dedicados a las letras hispanofilipinas de la primera mitad del siglo XX: la representación de España en los versos en castellano de los poetas filipinos de la época colonial estadounidense (Ortuño Casanova) y un esbozo de la novelística de un autor de los años veinte, Guillermo Gómez Windham (de mi cuño).

Gémino Abad nos ofrece un recuerdo personal de uno de los últimos grandes escritores filipinos en español: una semblanza de su padre, el novelista y fino crítico literario Antonio Abad. Un segundo texto de Gémino Abad introduce el tema de las letras filipinas en inglés, de modo específico la poesía: por primera vez el lector hispanohablante tiene a su alcance un trabajo fundamental de la crítica literaria filipina, un texto imprescindible para comprender el desarrollo de las letras filipinas en el siglo XX. Otro valioso texto crítico es el de Fernando Zialcita, que propone un original y completo estudio sobre Nick Joaquín, autor capital del siglo XX. Dos últimos ensayos están dedicados a la expresión literaria en otros idiomas: una interesante aportación de Corazón Villareal sobre el tema de la influencia de un clásico de la literatura árabe, *Las mil y una noches*, en la tradición literaria y cultural visaya, grupo lingüístico del centro del archipiélago, y un ensayo del poeta Macansantos sobre la lengua y la literatura chabacana de Zamboanga.

Concluyen el recorrido crítico un excelente estudio sobre el escritor contemporáneo Edmundo Farolán, firmado por Juan Ramón Nieto del Villar, y una nota compuesta por tres breves ensayos sobre las últimas publicaciones filipinas en español (Sampedro, Ortuño y Nieto). Oportunamente estos artículos habrían tenido que cerrar la larga sección dedicada a las letras hispanofilipinas, pero creemos que, de alguna forma, la inmediata actualidad

artística puede y desea abrirse a la polifonía cultural de Filipinas y a la coexistencia de los idiomas filipinos, tanto indígenas como “importados”, superando ciertas rígidas empalizadas que la crítica posbélica, por necesidad de síntesis y por practicidad didáctica, ha acabado imponiendo.

Cierra el volumen una sección de reseñas donde se señalan un texto menor pero clásico de la literatura hispanofilipina, un libro de viajes de Kalaw recién reeditado por Mojarro (Álvarez Tardío). En resumen, se ha intentado ofrecer, dentro de lo posible, un amplio cuadro de lo que es la producción literaria filipina, evitando enfocar nuestro discurso en un solo ámbito lingüístico. De hecho, varias y distintas son las interpretaciones de los fenómenos literarios y de identidad, y su valoración en relación al rol de la construcción de una imagen de sí mismos por parte de los filipinos. Lo que me parece indiscutible es que dentro de las letras filipinas haya habido sectores, épocas, movimientos, autores u obras, e incluso lenguas, que han sufrido y sufren todavía una *damnatio memoriae*. Por ejemplo, el uso de la lengua española en este debate, podría ser leído por parte de alguno –erróneamente, digo yo– como un reboamiento colonial. Considero estéril e infundada esa eventual crítica, huyo de ello y remito el juicio a los lectores. A ese fin, declaro nuevamente que mi única intención ha sido la de contribuir a colmar un hueco: si existe un corpus literario filipino importante escrito en español, será lógico y natural que exista también un corpus crítico escrito en esta lengua. Este conjunto crítico no puede limitarse a estudiar y considerar sólo la producción en español, ya que ésta no vive aislada y desconectada de su contexto que es plurilingüe; por otra parte, un corpus crítico en español favorece y facilita la puesta en relación con lo que está fuera geográficamente de Filipinas, pero que, por vinculaciones lingüísticas y/o culturales, es también “co-contextual” de todo el corpus literario filipino.

Por último, con este trabajo deseo afirmar mi fe en la necesaria recuperación del pasado en su totalidad. Me refiero no tanto a un pasado arqueológico y anacrónico, sino a un pasado que, transformado, sigue muy vivo entre nosotros, si sólo somos capaces de reconocer sus persistentes huellas a lo largo del tiempo. Manipular, censurar, distorsionar lo que fue, no puede más que reverberar en el espejo una imprecisa semblanza de lo que somos. En cambio, para ir construyendo una imagen clara, definida, auténtica y siempre perfectible, se necesita un esfuerzo de autenticidad y verdad que tome en cuenta la complejidad y la pluralidad de los fenómenos históricos y humanos que concurren a determinar el presente. Por lo tanto, intentar reconocer una presunta “pureza primordial”,

una supuesta autenticidad de lo que es “autóctonamente” nacional, separado y enemigo de lo que es “extranjera” colonial (*kastila* se diría por ejemplo en *tagalog* con referencia a lo español) creo que es un esfuerzo estéril y dañino; el legado del pasado que pervive, bajo otras formas, en nuestro presente, va acogido en su entereza, eventualmente criticado, y asumido, pero no removido. La fisonomía de una comunidad, que llamamos identidad, siempre es el resultado, alguna vez armónico, muchas veces conflictivo, de asimilaciones, separaciones, aglutinaciones y encuentros; al mismo tiempo, la identidad de un pueblo es cambiante, si la vemos en una perspectiva diacrónica somos conscientes de que la fijeza de una fisonomía cultural bien definida hoy no será otra cosa que uno de los varios elementos que contribuirán a construir una nueva identidad dentro de diez, cien o mil años. Me disculpo por detenerme tanto en estas digresiones tan personales, pero –y lo digo para los neófitos de cosas filipinas– las polémicas pueden surgir numerosas y de todas partes, cuando se trata de las letras y la cultura filipinas.

A modo de ejemplo contaré que hace poco, en Madrid, llegué casi a discutir con una amiga filipina, profesional, de cultura universitaria y que lleva décadas viviendo en España, sobre si el inglés es o no una lengua filipina. Ella decía que un filipino no es nativo de inglés, nunca lo es. Por lo tanto, concluía la colega, es conveniente para un extranjero aprender inglés con un británico o un estadounidense porque “ellos sí que hablan el inglés como lengua materna; ¡el inglés bueno!”. Otra amiga filipina que la acompañaba no parecía estar de acuerdo del todo y quiso apoyar mi afirmación cuando intenté explicar que una lengua asentada ya desde hace más de cien años, y que es la lengua de la administración, de la educación, de la televisión y de algunas manifestaciones de la literatura, no se puede considerar simplemente como una lengua extranjera utilizada como lengua franca. Seguramente habrá un grupo, amplio o restringido, para el cual el inglés será idioma nativo, así como es evidente que un país con tanta variedad lingüística, y una historia tan compleja, vivirá situaciones de diglosia, cuando no de poliglosia, en donde cada uno, según el ámbito y las circunstancias, escogerá diferentemente una lengua u otra. De hecho, un filipino es normalmente bilingüe, cuando no tranquilamente trilingüe, aunque con destrezas distintas según el idioma, y ésta es la peculiaridad de Filipinas. Evidentemente –para responder a mi amiga– a un extranjero le convendrá aprender otro estándar de inglés, según el sitio donde viva y según las exigencias laborales (al igual que le pasaría con el español, el francés, el portugués y toda lengua que haya extendido tanto su ámbito de difusión), pero eso no niega que el devenir histórico y las acciones humanas hayan creado un inglés de Filipinas así

como existe un inglés de Nigeria o de la India, y, del mismo modo, se creó un español de Filipinas que, de alguna manera, pervive.

En fin, como se deduce de todos los libros de cultura y literatura filipina, o aun mejor de la experiencia directa, Filipinas es una nación plurilingüe y cultural y étnicamente variada, que al mismo tiempo demuestra una fuerte identidad compartida. Pues, como se habrá notado, una simple colección de inocentes ensayos literarios puede poner el dedo en la llaga de un tema candente; candente porque en él está implicado el significado que damos a nuestra existencia, a nuestra identidad. Para concluir esta presentación, es debido un agradecimiento a todos los autores, críticos, investigadores y traductores, que generosamente han accedido a colaborar y han demostrado tener tanta paciencia y disponibilidad con un trabajo tan complejo como nuevo.

Igualmente, deseamos agradecer a nuestros amables anfitriones, a los directores de *Transmodernity*, el Dr. Cristián H. Ricci y el Dr. Ignacio López-Calvo, que nos han ofrecido esta valiosa oportunidad en tan prestigiosa publicación; a ellos va dirigida nuestra más sincera gratitud. Y cierro ya esta introducción con un agradecimiento especial a la Dra. Beatriz Álvarez Tardío, por su constante y profesional asesoramiento. Sin ella este número monográfico simplemente no habría sido posible.